

Viendo vivir

La prepotencia de los de arriba genera dos conocidas respuestas extremistas en los de abajo; el servilismo de unos y la rebeldía de otros. Han sido estos efectos, ambos perniciosos, los peores y más destructivos factores causantes de tensiones, violencia y luchas sociales, de parte de los altivos, y de una abnegación amarga, empobrecedora e infeliz, de parte de los sumisos. La humillante prepotencia de los privilegiados distinguió las relaciones de servidumbre de la Edad Media, que subsisten, desgraciadamente, en las regiones atrasadas del mundo.

El renacimiento, la ilustración y las revoluciones americana y francesa hicieron posible el florecimiento del capitalismo, porque aportaron e hicieron triunfar las ideas de libertad, igualdad y antropocentrismo, que son bases esenciales de la democracia occidental y la economía de mercado, hoy imperantes en el mundo. Este largo y difícil proceso, sin embargo, ha tenido que superar todas las tragedias y complejidades de las luchas de intereses, los enfrentamientos nacionalistas y raciales y, sobre todo, la fanática locura de los soñadores de utopías.

La cultura del trato discriminatorio perdura, es muy visible, en las regiones más atrasadas de América Latina, en particular en aquellas que conservan porcentajes altos de población indígena. Es lo que uno siente cuando recorre esas zonas, y algunas del país, como Boyacá, Nariño, Cauca y las zonas más pobres de la Costa Caribe. Que es muy distinto a lo que ocurre y siente uno en el país antioqueño, donde el trato llano y el respeto a la dignidad de las personas constituyen uno de los pilares de su modernidad democrática. (No todos los paisas son cultos, pero casi todos son muy inteligentes).

Debemos decir que el trato arrogante o discriminatorio denuncia en las personas que lo practican vacuidad, falta de cultura e inseguridad, en diversos grados. El trato aristocratizante y acartonado entre nosotros los latinoamericanos, y a esta altura de la Historia, hace ver más que a un hidalgo a un postizo comediante plebeyo. Pero no nos vayamos al otro extremo: el de la ruda, áspera vulgaridad, que es el irrespeto a la dignidad de las personas desde el otro lado.

Tito Livio Caldas
Bogotá, agosto de 1998

Posibilidad de paz en Colombia

Brigadier General Adolfo Clavijo

Introducción

ES ANGUSTIOSA LA NECESIDAD QUE TENEMOS LOS COLOMBIANOS de terminar de una vez por todas con el enfrentamiento actual que no sólo nos sangra, sino que nos está descuadrando como Estado y descomponiendo como Nación; además, esa confrontación interna está convirtiendo a Colombia en un país problema para la comunidad internacional.

Desde luego, que es muy complejo adelantar un proceso de paz en Colombia, pues se trata de resolver un fenómeno en el cual se han arraigado enconadas pasiones políticas e ideológicas, sentimientos que no son nada fáciles de desmontar después de cuarenta años de enfrentamientos. Igualmente, durante este tiempo se han establecido, al calor de la confrontación, unos poderes hegemónicos de alta rentabilidad política y económica, productos de

acciones insurgentes, que hacen difícil que quienes los usufructúan los cambien por medios lícitos, hasta cierto punto inciertos para ellos. También se opone a una pronta reconciliación entre los colombianos el hecho de que los interesados en el proceso subversivo no descartan la posibilidad de llegar al poder a través de la lucha armada. A todo esto hay que sumarle las inconsistencias que ha tenido el Estado para manejar política y militarmente el conflicto.

En sentido contrario, el hastío de la confrontación y las presiones para que cesen las hostilidades, hacen abrigar esperanzas de una pronta reconciliación, pero ¿qué tan cerca estamos los colombianos de una paz duradera? Una exploración de las circunstancias que gravitan alrededor del conflicto, nos puede permitir una visión más cercana a esta aspiración.

Las organizaciones guerrilleras frente a un eventual proceso de paz

Si empezamos con una mirada a la situación de la guerrilla nos enfrentamos a otro interrogante ¿querrá la guerrilla la paz en estos momentos? Caben muchas dudas para una respuesta positiva. No hay que olvidar que las Farc están en un momento triunfalista por los golpes propinados al Ejército en el sur del país, y en un punto alto de prepotentes actitudes que hacen dudar de que ese grupo acepte fácilmente dejar su hegemonía territorial y su poder económico a cambio de benditas políticas y sociales, no tan atractivas. Por su parte, el Eln, que está estrenando cúpula, solamente demuestra interés por la humanización de la guerra, que no es nada diferente a seguir combatiendo bajo ciertos parámetros, y no por terminar la guerra, que es lo que se quiere. Con estas realidades, parece que la paz no está en los planes de quienes conducen el proceso insurreccional, y esto puede entenderse si se tiene en cuenta que las circunstancias políticas de la confrontación, el poder económico y financiero de los subversivos, y su predominio en muchas regiones del país son

aspectos del poder que ostenta la guerrilla y que la hacen, en este momento, soberbia e intransigente para una negociación.

La guerrilla permanentemente habla de la paz como su mayor aspiración, y aparentemente muestra voluntad para los diálogos, pero como en el pasado esas manifestaciones han hecho parte de sus argucias, hoy desatan el mayor recelo en cuanto a sus verdaderos propósitos; de ahí que no generen ilusiones. Se deduce que si los guerrilleros quisieran la paz para el país, entrarían sin muchas complicaciones a buscar las mejores condiciones para su reinserción a la vida ciudadana y a tratar de que el gobierno atienda sus propuestas de orden social. Pero la situación no se presenta así de sencilla; algunas de las exigencias que tienen previstas las guerrillas para una posible negociación, publicadas recientemente¹, son inadmisibles para el gobierno y para la sociedad en general².

Así las cosas, se colige que las circunstancias actuales hacen que la guerrilla no se interese por entrar y, sobre todo, llevar a feliz término,

negociaciones de paz. Se puede pensar que podría perder más de lo que podría ganar; a ellos la situación reinante parece no tenerlos incómodos como al resto del país; al fin y al cabo ellos están en su *modus vivendi*. Entonces, el

gobierno, mediante acciones coercitivas —no exclusivamente militares— tiene que crear unas circunstancias tales que obliguen a los alzados en armas a pensar en abandonar la violencia como medio para alcanzar sus aspiraciones.

Los diálogos

DESDE LUEGO QUE PARA LA MAYORÍA DE LOS COLOMBIANOS queda la ilusión de los diálogos ofrecidos en las campañas presidenciales y del gobierno de turno, como única alternativa oficial. Pero, ¿qué tan prometedores son los diálogos para una salida definitiva del conflicto? Hay que recordar que hasta la fecha este instrumento ha sido manejado con detrimento para los intereses nacionales. La Nación tiene fresca la experiencia de Cravo Norte, Caracas y Tlaxcala, cuando el Estado fue sometido penosamente a una rendición de cuentas y nada logró en cuanto a posibilidades de pensar a la etapa de negociación, pues se vio precisado a una ruptura brusca de las conversaciones que se adelantaban. El resultado final fue un fracaso absoluto para las intenciones oficiales y un éxito para la subversión que se dio el lujo de poner en evidencia la inconsistencia del Estado como interlocutor para acuerdos de pacificación en ese momento.

Los diálogos pueden incluir de una vez la fase de negociación, o servir solamente como un

acercamiento entre las partes en conflicto para acordar términos que se debatirían en una etapa definitiva, de firma de acuerdos. Aquí en Colombia, el gobierno ha empleado los diálogos como muestra de buena voluntad y como punto de acercamiento para explorar un posible proceso de paz. La guerrilla los ha tomado en forma diferente: ha buscado medir las condiciones oficiales en asuntos determinados y aprovechar su desarrollo para promocionarse y obtener ventajas políticas. La situación no ha cambiado: la guerrilla se muestra dispuesta a dialogar, pero advirtiendo que no se demobiliza ni entrega las armas, y en cambio sí reclama despeje de zonas y hace otras exigencias. Si lo que el país quiere es acabar con la violencia nada se saca con dialogar para que las organizaciones armadas ilegales sigan indemnes o lo que es peor, se fortalezcan más. Es arriesgado, solo para aceptar que la guerrilla dialogue, adelantar concesiones sin ninguna contraprestación; esto ocurre cuando no se cuenta con planes que fijen criterios, parámetros,

1/ *La paz sobre la mesa*, separata publicada en la edición N° 256 de la Revista Cambio 16, mayo 18 de 1998.

2/ El Eln, por ejemplo, propone “*Disolver el actual ejército oficial y formar un nuevo ejército popular, garante de la soberanía, enfrentando la corrupción dentro de las filas y dispuesto a crear unas relaciones de colaboración con la población civil, no de represión y de muerte*”.

políticas, recursos, facultades y atribuciones para las conversaciones; es decir, cuando se muestra afán por dialogar sin tener metas claras de lo que se puede dar, y a cambio de qué. Es seguro que la guerrilla atenderá gustosa cualquier ofrecimiento del gobierno para dialogar pero ¿quién garantiza que sea sincera o que no estemos frente a otro fiasco gubernamental? Sería un riesgo muy grande que debe medirse muy bien antes de comprometer más el ya débil y maltrecho poder nacional.

Inclusive, sería más procedente omitir la fase de diálogos y entrar directamente a la etapa de negociación mediante la intervención de un país *facilitador*. Noruega ha mostrado interés en cumplir con esta misión, y tiene la ventaja de ser completamente imparcial en nuestro conflicto; además, exhibe experiencia por los resultados que alcanzó con el proceso de paz en Guatemala y al lograr sentar en una mesa de negociaciones a árabes y judíos en el conflicto de Medio Oriente. Una vez el *facilitador* logra acercar a las partes, los encuentros se adelantan bajo la supervisión de un *mediador* que

Trabas legales y políticas para una negociación

AHORA BIEN, ¿ESTÁ EL GOBIERNO PREPARADO PARA UNA verdadera negociación que lleve a una reconciliación definitiva? Se puede empezar a aclarar que una

entra a garantizar su desarrollo. Como mediadores se han ofrecido muchos países, y su escogencia sólo se reduciría a determinar que país ofrece las mejores condiciones para este propósito. Esto podría ser una buena metodología para arrancar con un proceso de paz más halagüeño. También podrían considerarse, para el caso colombiano, las figuras de testigo, observador, veeduría y verificación.

Cabe aquí una reflexión sobre los diálogos regionales autorizados recientemente en algunos departamentos. Como un gobernador no tiene atribuciones para hacer tratos con los frentes guerrilleros, ni éstos son autónomos para desmovilizarse separadamente, lo único que podrán hacer los mandatarios locales es rogarle a la guerrilla que no secuestre en su jurisdicción y, a cambio, aceptar la presencia y hegemonía del frente en determinada zona del departamento, hecho que compromete seriamente la soberanía nacional. A la larga, estos acercamientos de los mandatarios regionales con la guerrilla van a hacer más compleja la situación de insurrección y más difícil lograr futuros arreglos a escala nacional.

negociación de paz entre el gobierno y la guerrilla no es otra cosa que un acuerdo de decisiones políticas, mediante las cuales el Estado hace concesiones de

carácter político y social que tienen cabida en procesos de esta naturaleza. Pero las circunstancias en las cuales se está desarrollando el conflicto enredan este punto. La guerrilla no es reconocida como fuerza beligerante y no puede serlo, porque no sólo no cumple con los requisitos que para el caso demanda el Protocolo II de Ginebra, sino que su accionar ha gravitado más por los senderos de la delincuencia organizada que por los lados de una oposición levantada en armas; además, sus violaciones al derecho internacional humanitario y sus actos criminales contra la población civil la ha colocado fuera del tratamiento político que se le pudiera dar en un eventual acuerdo de paz. No se sabe cómo manejará el gobierno estos puntos, aun cuando ya lo hizo anteriormente con el M-19 y el EPL. De otro lado, se sabe que la Ley Antisecuestro prohíbe el indulto o amnistía para los secuestradores, sindicación que se hace a todos los jefes guerrilleros, e igual inconveniente se le va a presentar al gobierno, el cual, por razones éticas, más que políticas, no podría otorgar prebendas especiales a quienes están vinculados con acciones del narcotráfico, hecho que involucra a algunos guerrilleros al mando de las organizaciones insurgentes.

Otra incógnita para el gobierno es la relacionada con los grupos de justicia privada o paramilitares, que combaten la guerrilla empleando los mismos métodos de violencia y

salvajismo. ¿Merecen o no tratamiento político, como piensa dársele a la guerrilla, siendo que son una consecuencia del accionar de ésta? ¿Será que se desmovilizan automáticamente cuando se desmovilice la guerrilla? ¿Se habrá estudiado qué tratamiento se les va a dar para desmontarlos y evitar que subsistan como delincuencia organizada o se conviertan en una secuela cruel de la violencia? ¿Qué manejo se les dará a las presiones que hay sobre este fenómeno, las cuales incluyen exigencias específicas de la guerrilla de sanciones drásticas a los paramilitares como condición para ellas acogerse a los indultos? Este es un problema muy delicado que reclama el análisis específico si no se quieren dejar cuerdas sueltas en un eventual proceso de paz; hasta la fecha parecen que no hay nada definido.

En los planes oficiales tampoco se ha visto acción contra factores de perturbación que azuzan el enfrentamiento. El panorama político nacional que tiene que ver con la confrontación vive cargado de tensiones como resultado de sindicaciones de violaciones fundadas o infundadas de los derechos humanos, de acusaciones ciertas o no de atropellos oficiales, de presiones en el exterior, de campañas de desprestigio, de réplicas por calumnias e injurias y de actitudes de intolerancia, todo lo cual genera resentimientos y odios que terminan en crímenes selectivos y motiva las acciones criminales de guerrilleros y

paramilitares. Mientras en este plano de la confrontación, que se manifiesta escritos, informes, publicaciones, protestas públicas, foros, seminarios, declaraciones, etcétera, no se desarrolle un programa de distensión no será posible acallar los fusiles de los

Participación internacional

DE OTRA PARTE, TRATÁNDOSE DE PAZ, hay que pensar en todo. Existe una senda que aunque incierta, puede conducir a una reconciliación cercana entre los colombianos: se trata de la presión internacional. Aun cuando no lo parezca el conflicto interno colombiano está afectando a la comunidad internacional en sus programas de globalización de la economía³ y en la interdependencia que se busca en las relaciones entre naciones, a la vez que interfiere negativamente en la vida fronteriza de los países vecinos, y por estas razones es posible que organismos intergubernamentales y países interesados propicien o impongan en alguna forma, una salida a la confrontación.

Esto sería muy conveniente si no fuera porque el conflicto ha sido difundido en el exterior con desinformación entre la realidad nacional, desinformación que, obviamente, va en detrimento de

alzados en armas. Redondeando la idea, para llegar a un proceso de paz, es indispensable pasar primero por una etapa que elimine el pugilato verbal y emocional y apacigüe los ánimos de quienes voluntaria o involuntariamente alimentan el conflicto.

juicios objetivos e imparciales por parte de las intervenciones externas que se puedan presentar. Sobre unas bases distorsionadas es peligrosa, en un proceso de paz, la intervención en el conflicto de organismos intergubernamentales o de países que siempre han escuchado una versión sesgada sobre los acontecimientos que se desarrollan dentro del devenir político nacional. Ahora, si el gobierno colombiano logra aclarar en instancias internacionales la verdadera realidad de la situación política del país, serán bienvenidas las colaboraciones de la ONU, la OEA y la UE para que Colombia salga pronto de su enfrentamiento doméstico, así como también, la cooperación de aquellos países como Venezuela, Costa Rica, Guatemala, Méjico, Estados Unidos y España que han hecho ofrecimientos de mediación.

Dicho en otra forma, será muy útil para la reconciliación nacional

cualquier contribución externa, siempre y cuando no se produzca como fruto de las presiones que se vislumbran en los ambientes internacionales en donde se ventila el caso colombiano. Desgraciadamente, la desinformación sobre la realidad de nuestra problemática prevalece en organismos y gobiernos que podrían tener algún grado de injerencia en una posible negociación con la guerrilla colombiana debido a la acción expresa de la subversión, que se ha dado a la tarea de configurar una historia amañada sobre los

Comités pro-paz

EN LA MISMA FORMA PODRÍA PENSARSE QUE OTRO CAMINO para terminar la guerra es el de la gestión de aquellas organizaciones no gubernamentales creadas para promover la paz. Sin embargo, el comportamiento de esas organizaciones, nacidas al calor de la urgente necesidad de una convivencia pacífica, deja entrever tres tendencias: una primera, que persigue la paz honestamente y trabaja con sinceridad para conseguirla; su diligencia puede ser importante, pero como no tiene capacidad de convocatoria, no logra nada. Una segunda tendencia pertenece a aquellas organizaciones que también se han trazado objetivos altruistas de acabar con la guerra, pero que al tener una conformación mixta de miembros de diversas corrientes, con intereses ambiguos, terminan

intereses y desarrollos de nuestra guerra intestina. De ahí que si se presenta una negociación para dar fin al enfrentamiento entre colombianos, con participación de instancias externas, es probable que entren en consideración criterios totalmente equivocados sobre la realidad política de Colombia, lo cual puede dar como resultado unos acuerdos que no van a garantizar durabilidad porque pueden afectar injustamente instituciones y personas o dar lugar a nuevos resentimientos.

desvirtuando el propósito principal; por lo general, estas organizaciones cumplen papeles de intermediación, algunas veces no muy provechosos. Una tercera tendencia es la de aquellas organizaciones que desde sus comienzos buscan torpedear cualquier proceso de paz o apropiarse de los que afloran con el fin de inducir arreglos que benefician intereses sectarios.

Lo anterior permite deducir que han saltado a la búsqueda de la paz muchas organizaciones, algunas de ellas con objetivos nobles y otras con propósitos nada confiables o con radios de acción en donde no hay conflicto o donde nada pueden hacer; además, sin poder de decisión o ascendencia sobre la guerrilla, lo que hacen varias de ellas es confundir más el firmamento nacional, aunque se entiende que han surgido como

^{3/} Acaban de abandonar sus trabajos de exploración cinco multinacionales del petróleo por presiones de la guerrilla entre otras causas.

respuesta a la falta de acción del Estado para darle algún tipo de manejo a la confrontación. Sin embargo, todas las organizaciones pro paz pueden ser muy útiles en la medida en que difundan una cultura de tolerancia y busquen erradicar definitivamente las raíces de violencia que ha demostrado la nación colombiana a lo largo de su historia.

En igual dirección se encuentran los plebiscitos, referendos, consultas populares, votos, marchas, manifestaciones, etcétera, eventos que aunque no facilitan ningún proceso de acercamiento, sirven para demostrar el hastío de la población frente a los violentos y constituir un elemento de presión;

sin embargo, en la búsqueda real de la paz, son inoperantes. De otra parte, estos actos masivos no siempre son bien intencionados; algunos de ellos son promovidos en direcciones que no se orientan hacia procesos de conciliación, sino hacia presiones indebidas. Esto ocurre cuando se considera que para dejar la confrontación el Estado es tan intransigente como las fuerzas insurgentes, y que es el único que tiene que ceder, olvidando que todo Estado está en la obligación constitucional de defender sus estructuras, a las cuales, en conflictos como el nuestro, la insurgencia ataca sin causa justa, utilizando métodos repudiables.

Conclusión

EN SÍNTESIS, ALCANZAR UN ESTADO DE PACIFICACIÓN total en el territorio colombiano, después de 36 años de desarrollo de un conflicto político-subversivo con connotación de guerra civil, no es nada fácil. Cualquier proceso de paz que se acometa va a encontrarse con todas las dificultades y complejidades que se puedan dar, porque hay de por medio demasiados intereses políticos y económicos que se atraviesan a las buenas intenciones.

Entonces, Colombia sólo logrará su pacificación como resultado de la acción decidida del gobierno, quien debe planearla muy detalladamente para alcanzarla mediante negociaciones

coordinadas por la vía de la persuasión, o por el camino de la imposición gubernamental, que sería con el empleo de los instrumentos políticos, jurídicos, económicos y de fuerza pública que sean necesarios. Para ambas posibilidades el Estado tiene que recuperar su condición de autoridad, la cual actualmente tiene perdida frente a la subversión; el gobierno, en materia de paz, tiene que asumir la iniciativa, olvidarse de la improvisación y no sentarse a esperar que la guerrilla le haga una seña para entrar en diálogos, seña que no siempre llega o llega peligrosamente condicionada. Los colombianos necesitamos la paz y el gobierno debe garantizárnosla.☺